

tuvo en proporción de la pequeñez de su patria, sino de la grandeza de sus virtudes. Córcega ha quedado en el rango de las provincias conquistadas, y Paoli en el de los grandes hombres.

## III

Cuando Dumouriez volvió á Paris, pasó un año frecuentando la sociedad de los literatos y de las mujeres disipadas que daban á las reuniones de aquella época el espíritu y el tono de una orgía decente. Ligado cordialmente con una antigua compañera de madama Dubarry, conoció á aquella cortesana advenediza á la cual el libertinaje habia elevado hasta el trono. Adicto sin embargo al duque de Choiseul, enemigo declarado de aquella querida del rey, y conservando Dumouriez aquel honor que en los franceses hace las veces de la virtud, no prostituyó su uniforme yendo á hacer la corte á la favorita; por el contrario, se avergonzó al ver al anciano monarca ir á pié y con la cabeza descubierta delante de su ejército, en las revistas de Fontainebleau, al lado de la carroza en que aquella mujer hacía ostentación de su belleza y del dominio que sobre el rey ejercía. Madama Dubarry se dió por ofendida de que el jóven oficial no asistiese á su reunión, y adivinó que la causa de esto era el desprecio que hacía ella tenia. En consecuencia, Dumouriez pasó á Polonia encargado de una comisión semejante á la que habia desempeñado en Portugal. Esta comisión, diplomática y militar á la vez, era un pensamiento secreto del rey, aconsejado por su confidente el conde de Broglie, á quien Favier habia inspirado. Era esta época aquella en que, oprimida Polonia y medio ocupada por los rusos, amenazada por Prusia y abandonada por Austria, trataba de hacer algunos esfuerzos por disputar al ménos algunos restos de su nacionalidad á sus opresores; éste era el último suspiro de la libertad que hacía alentar aún el cadáver de un gran pueblo. El rey, que temía chocar con Catalina, emperatriz de Rusia á la sazón, que tampoco queria dar pretextos de hostilidad á Federico, ni infundir sospechas á la corte de Viena, queria ofrecer á la agonizante Polonia la mano de Francia, pero ocultándola y reservándose hasta el cortarla en caso necesario. Dumouriez fué el escogido para esta intriga como ministro secreto de Francia cerca de los confederados polacos, y como general acreditado en caso de necesidad. Este general, sin embargo, era un aventurero, y no de tan buena fama como el caso requería para poder reunir en torno suyo y dar dirección á los esfuerzos de aquellos bizarros polacos, que aspiraban á sacudir el férreo yugo que les oprimía.

Indignado el duque de Choiseul al ver el abatimiento de Francia, preparaba bajo mano la guerra contra Prusia é Inglaterra. Para el plan de campaña que se proponía, necesitaba llamar la atención general hácia Polonia, por lo cual dió á Dumouriez sus instrucciones de palabra; pero derribado el ministro por las intrigas de madama Dubarry y de Mr. de Argenson, se vió desterrado de Versalles, ántes que Dumouriez hubiese llegado á aquel mismo reino. Cambiada la política francesa al par del ministerio, hizo fracasar de antemano los planes de Dumouriez, que los siguió, sin embargo, con un ardor constante, digno de haber obtenido otro éxito más feliz que el que le aguardaba. Encontró á los polacos envilecidos por la miseria, por la esclavitud y por el hábito de sufrir pacientemente el yugo extranjero. Sus nobles, corrompidos por el lujo y encenagados por los placeres, gastaban en inútiles intrigas y en palabras vanas el ardor de su patriotismo en las confe-

rencias de Epéries, celebradas despues de la confederación de Bar. Una mujer de extremada belleza, de elevada clase y de un genio oriental, la condesa de Mniszek, ataba y desataba en el negocio de la salvación de la patria, según convenia á su ambición ó á sus amores. En vano algunos oradores patriotas hacían resonar allí por última vez los acentos de independencia. Algunos príncipes y algunos caballeros, sin estar de acuerdo entre sí, formaban partidas que peleaban más bien como guerrilleros que como ciudadanos, y con cuyo mando adquirían aquéllos una gloria personal, pero que en nada influía para la salvación de la patria. Sirvióse Dumouriez del ascendiente que sobre todos tenia la condesa, y á costa de grandes esfuerzos logró reunir todas aquellas partidas diseminadas, formar un buen trozo de infantería, y habiendo creado además un cuerpo de artillería, se apoderó de dos fortalezas, amenazó en distintos puntos á los rusos que se hallaban diseminados por las vastas llanuras de Polonia, adiestró en el arte de la guerra y disciplinó aquel patriotismo insubordinado de los sublevados, y finalmente, batió á Souwarow, general ruso que andando el tiempo debia amenazar muy de cerca á la república.

Mas el rey de Polonia, Estanislao, hechura coronada de Catalina, vió el peligro de una insurrección nacional, que al mismo tiempo que arrojase de su territorio á los rusos, se llevaría tras sí el mal seguro trono en que se sentaba. Supo paralizarla proponiendo á los confederados reunirse con ellos. Bohucz, último orador célebre de la libertad polaca, rebatió en un discurso sublime el pérfido discurso del rey, y arrastró á los confederados por unanimidad al último partido que resta á los oprimidos: la insurrección. Apenas estalla, cuando Dumouriez, que es el alma de ella, vuela de un campo á otro y da unidad al plan de ataque. Circunvalada Cracovia, se ve expuesta á caer en sus manos, y en tanto los rusos vuelven á atravesar las fronteras en el mayor desorden. Pero la anarquía, ese genio fatal de Polonia, disuelve prontamente la unión de aquellos jefes, que se entregan unos á otros á los enemigos. Todos quieren tener el honor exclusivo de salvar la patria, pero prefieren que se pierda á que sea un rival suyo quien la salve. Sapiéha es asesinado por sus nobles. Pulaski y Mickzenski son entregados á los rusos despues de estar heridos. Zarembo hace traición á su patria. Oginski, único que quedaba ya de aquellos grandes patriotas, subleva la Lituania en el mismo momento en que la Pequeña Polonia rinde las armas. Abandonado y fugitivo, se escapa á Dantzic y anda errante por espacio de treinta años por Europa y América, siendo el único que lleva su patria en el corazón. La hermosa condesa de Mniszek desmaya y sucumbe al dolor viendo esclavizada su patria. Dumouriez llora á aquella heroína adorada de un país en que, según aquel general, los verdaderos hombres son las mujeres, y envaina su espada, desesperado al considerar aquella aristocracia sin pueblo, lanzando á Polonia al ausentarse de ella el terrible apóstrofe de *nación asiática de Europa*.

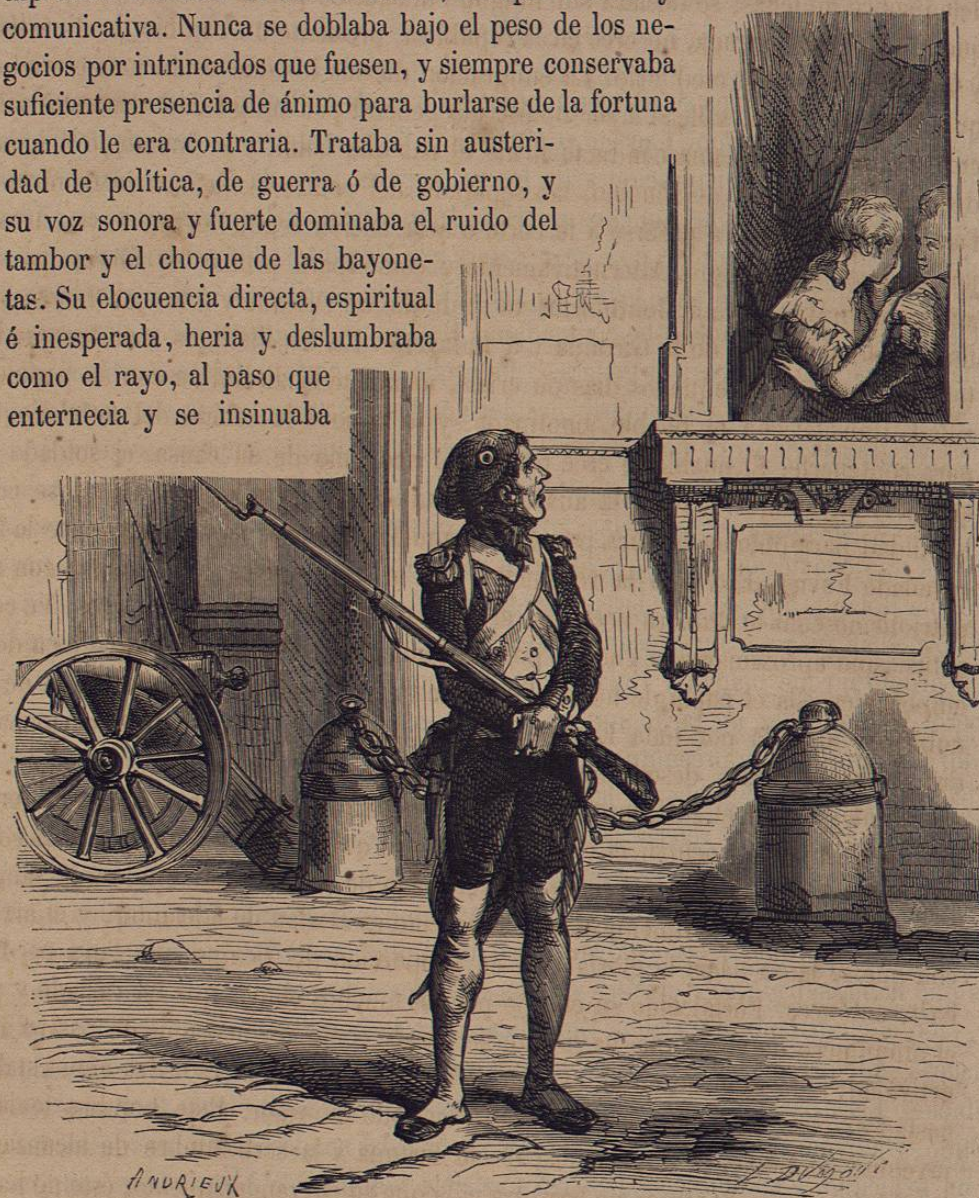
Entonces volvió á Paris. El rey y Mr. de Argenson, para salvar las apariencias con Rusia y Prusia, le encierran en la Bastilla lo mismo que á Favier; allí pasa un año maldiciendo la ingratitud de las cortes y la debilidad de los reyes, y vuelve á hallar su energía natural en el retiro y en el estudio. El rey conmuta su prisión en un destierro y le envía á la ciudadela de Caen, en donde vuelve á encontrarse en un convento con aquella prima que tanto habia amado. Libre aún ésta, y cansada ya de la vida monástica, conoce que su corazón no ha muerto aún, y se casa con



su primo. Este es nombrado entónces comandante de Cherbourg. Su genio activo se ejercita contra los elementos, así como se habia ejercitado contra los hombres. Concibe allí el famoso plan de aquel puerto militar que debia encarcelar una mar borrascosa en una cuenca de granito, y dar á la marina francesa un lugar de descanso en el canal de la Mancha. Así pasa quince años, en los que sufre no pocas contrariedades en la vida doméstica, causadas por el mal genio y por la devocion austera de su mujer; dedícase, sin embargo, á continuos estudios militares, aunque sin método, y reparte el tiempo entre éstos y las disipaciones de la sociedad filosófica y voluptuosa de su época.

La revolucion va aproximándose cada vez más, y le encuentra indiferente á sus principios y preparado á sus vicisitudes. Su buen criterio le hace abarcar con una sola mirada el alcance de los acontecimientos. Comprende muy pronto que la revolucion en las ideas debe llevarse tras sí las instituciones, á ménos que éstas se modelen sobre aquéllas; se declara sin ningun entusiasmo por la Constitucion, desea que el trono se sostenga, no cree en la república, presiente un cambio de dinastía, y áun se le acusa de meditarlo. La emigracion diezma los que están más elevados que él en la milicia, y llega á ser nombrado general por antigüedad. En estas circunstancias, observa una conducta firme al par que hábil, y se mantiene á igual distancia del trono y del pueblo, tan separado del contrarrevolucionario como del faccioso, y dispuesto á pasarse á la corte ó á la nacion segun lo que vayan arrojando de sí los sucesos. Alternativamente y como para probar su fuerza, ya se acercá á Mirabeau, ya á Montmorin, ya al duque de Orleans y á los jacobinos, ya finalmente al partido de la Gironda y á Lafayette. En los distintos mandos que le toca desempeñar en aquellos dias de crisis, mantiene la disciplina con su popularidad, transige con el pueblo amotinado, y se pone á la cabeza del movimiento para contenerle. El pueblo le cree partidario acérrimo de su causa, el soldado le adora, y él, aunque detesta la anarquía, adula á los demagogos, valiéndose con habilidad para obtener el aura popular de aquellos manejos astutos cuyo arte le ha enseñado Favier. El ve en la revolucion una intriga heroica, y maniobra con su patriotismo cual lo hubiera hecho en el campo al frente de los regimientos. Ve con entusiasmo aproximarse la guerra, porque conoce ya de antemano que le toca desempeñar en ella el papel de héroe. Presiente que la revolucion, abandonada de la nobleza y atacada por toda Europa reunida, necesitará un general experto para dirigir los esfuerzos desordenados de las masas que ella subleva. Fatigado de representar un papel subalterno por espacio de tantos años, se prepara para ser el general destinado á ocupar el elevado puesto de que acaba de hablarse. A la edad de cincuenta y seis años conserva todo el fuego de su juventud unido á la sangre fria del tiempo que realmente tiene; su oráculo es el afan de adelantar, y el arrojito con que se lanza hácia la gloria está en proporcion del tiempo que lleva perdido hasta entónces. Fortalecido su cuerpo por los muchos climas que ha variado y por el ninnúmero de viajes que ha hecho, se presta como un instrumento pasivo á su actividad; todo es jóven en él, excepto la fecha de su nacimiento. Sus años estaban gastados, pero su fuerza se conservaba en todo su vigor. Este hombre tenia la juventud de César, la impaciencia de su fortuna y la certidumbre de alcanzarla. Para los grandes hombres no hay otra vida que su engrandecimiento; éste no habia vivido aún, porque no se habia engrandecido suficientemente.

Era Dumouriez de aquella estatura mediana del soldado frances, que hace que le caiga bien el uniforme, que lleve la mochila sin fatigarse demasiado y que maneje con viveza el sable ó el fusil; fuerte y ligero al mismo tiempo, tenia su cuerpo el aplomo de aquellas estatuas que descansan sobre sus músculos, pero que parece que están dispuestas á andar. Su actitud era altiva, y todos sus movimientos tan vivos como su espíritu. Sabía manejar con tanta habilidad la bayoneta como la espada, y aunque echaba la cabeza un poco hácia atras, ésta se destacaba elegantemente sobre sus hombros. Toda su fisonomía anunciaba la sensibilidad del alma, la delicadeza de la inteligencia y la finura del discernimiento. Sus ojos eran negros y llenos de fuego, hermosados por dos cejas muy pobladas del mismo color; su rostro ovalado y su nariz aguileña revelaban que pertenecia á una de aquellas razas ennoblecidas por la guerra y por la costumbre de mandar á otros hombres; en su graciosa boca entreabierta habia siempre una sonrisa cariñosa que constituia la expresion habitual de su fisonomía, siempre serena y comunicativa. Nunca se doblaba bajo el peso de los negocios por intrincados que fuesen, y siempre conservaba suficiente presencia de ánimo para burlarse de la fortuna cuando le era contraria. Trataba sin austeridad de política, de guerra ó de gobierno, y su voz sonora y fuerte dominaba el ruido del tambor y el choque de las bayonetas. Su elocuencia directa, espiritual é inesperada, heria y deslumbraba como el rayo, al paso que enternecia y se insinuaba



La reina es insultada por un artillero.—Pág. 333.



como la de las mujeres. Esto consistía sin duda en que, muy fácil de enamorarse, el trato continuo con el bello sexo le había comunicado algo de la más bella de cuantas virtudes posee la mujer: la compasión. El no sabía resistir á las lágrimas; las de la reina hubiesen hecho de él un paladin del trono, porque este hombre habría sacrificado gustoso todos sus bienes á un movimiento generoso. La grandeza de su alma era enteramente sentimental, y no entraba en ella para nada el cálculo de un frío egoísmo. No tenía principios fijos en política, la revolución no era para él sino un hermoso drama á propósito para proporcionar una grande escena á sus facultades, y un papel á su genio en que quedase airoso. Grande hombre al servicio de los acontecimientos, si la revolución no le hubiese elegido por su general y salvador, hubiera sido del mismo modo general y salvador de la coalición. Dumouriez no era el héroe de un principio, sino el de las circunstancias de la época en que le tocó figurar.

## IV

Los nuevos ministros se reunieron en casa de madama Roland, alma del ministerio girondino; Duranton, Lacoste, Cahier-Gerville, instrumentos pasivos del partido, recibían allí las inspiraciones de los principales jefes de él, y no proponían en el Consejo sino lo que aquéllos querían. Dumouriez, en los primeros días de su ministerio, afectó también una gran deferencia á cuanto ellos proponían, y una condescendencia completa en seguir su voluntad y en sacrificarse por los intereses del partido. Personificado éste en madama Roland, jóven hermosa y elocuente, tenía un atractivo más para el general, que confió dominarle dominando el corazón de aquella mujer. Para conseguirlo desplegó todos los recursos de su carácter y todas las gracias de su genio seductor. Pero madama Roland tenía un preservativo contra las seducciones de aquel guerrero, que Dumouriez no estaba acostumbrado á hallar en las mujeres que había amado. Consistía éste en una virtud austera unida á una convicción íntima. Sólo había un medio de captarse la admiración de madama Roland, que era excederla en patriotismo. Estos dos caracteres tan opuestos no podían hallarse sin chocar, ni comprenderse sin despreciarse mutuamente. Bien pronto no fué madama Roland para Dumouriez sino una fanática de genio áspero, y Dumouriez no tardó mucho en merecer á madama Roland el concepto de un hombre ligero y presuntuoso. La austeridad de costumbres de aquella mujer le hacía darse por ofendida de las atrevidas miradas del general y de la libertad de sus palabras cuando refería las innumerables aventuras galantes de que había sido héroe. Madama Roland veía en Dumouriez al elegante cortesano más bien que al patriota, y sus maneras aristocráticas desagradaban altamente á la humilde hija del grabador, porque le recordaban quizá su humilde condición y las humillaciones que había sufrido en Versalles en sus años juveniles. Su ideal no era el militar, sino el ciudadano, y un alma republicana era la única seducción capaz de conquistarla. Además, desde la primera mirada notó que aquel hombre era demasiado ambicioso para pasar mucho tiempo sin ser más que un instrumento pasivo de su partido, y adivinó su gran genio á través de las fingidas condescendencias que usaba en un principio, y su ambición bajo su aparente hombría de bien. «Ten cuidado con ese hombre,—dijo á su marido desde la primera entrevista;—podrá ser muy

bien que tengais en él un tirano en vez de un compañero, y que arroje del Consejo á los mismos que le han dado entrada en él.»

Satisfecho Roland de verse en el poder, no preveía tan á lo léjos la desgracia que le anunciaba su mujer, á la que tranquilizaba, y cada día se fiaba más en la fingida admiración que hacía él manifestaba Dumouriez. Créase ser el hombre de Estado del Consejo, y satisfecha su vanidad, le hacía ser crédulo respecto á cuanto Dumouriez le proponía, y hasta llegó á enternecerse por la suerte del rey. Cuando Roland entró en el ministerio, había afectado hasta en el traje la aspereza de sus principios, y en sus maneras la sencilla severidad republicana. Habíase presentado en las Tullerías con frac negro, sombrero redondo, zapatos sin hebillas y llenos de polvo, queriendo mostrar en él el hombre del pueblo que desafiaba al hombre del trono entrando en palacio con el simple traje de ciudadano. Parecióle que aquella muda insolencia debía ser del agrado de la nación y humillante para el rey. En efecto, los cortesanos se habían indignado al verle vestido de aquel modo, el rey había suspirado, y Dumouriez se había echado á reír. «¡Ah, señores!—había dicho á los cortesanos.—No tiene duda que, supuesto que ya no hay etiqueta, tampoco hay ya monarquía.» Esta chanza había sido suficiente para disipar á la vez el enfado de la corte y para destruir todo el efecto de la pretension lacedemonia de Roland.

El rey no reparaba ya en el traje de Roland, y le trataba con aquella cordialidad que hacía que todo el mundo le apreciase. Los nuevos ministros se admiraban al sentirse conmovidos en presencia del monarca, y habiendo entrado en el Consejo con todas las prevenciones republicanas, salían de él medio realistas.

«El rey no está conocido,—decía Roland á su mujer;—aunque de carácter débil, no puede darse otro hombre mejor; lo que le ha faltado hasta ahora ha sido quien le aconsejase bien, porque sus intenciones no pueden ser mejores; tampoco es amigo de la aristocracia, su corazón es del pueblo, y quizá haya nacido para servir de transacción entre la república y la monarquía. Haciéndole dulce la Constitución, lograremos que la ame sinceramente, y abandonándose á nuestros consejos volverá á reconquistar su popularidad, con lo cual nos será más fácil á nosotros gobernar. Su carácter es tan bueno que ni aún el trono ha podido corromperle. Está tan distante de ser el embrutecido imbécil que han querido manifestar al pueblo para que se riese de él, como el hombre sensible y completo que quieren hacer adorar en él sus cortesanos. Su talento, sin ser superior, es vasto, y en un Estado oscuro, su mérito hubiese sido suficiente á su destino; tiene muchos y profundos conocimientos, sabe hasta las cosas más insignificantes respecto á negocios, y trata á los hombres con aquella sencilla pero persuasiva habilidad que adquieren los reyes por la necesidad precoz en que se hallan de saber dominar sus impresiones. Su prodigiosa memoria le recuerda siempre á tiempo las cosas, los nombres y las personas. Amante del trabajo, todo lo lee por sí, y no está ni un momento ocioso. Padre tierno, modelo de esposos y de corazón casto, ha desterrado de la corte todos los escándalos que la degradaban en tiempo de sus predecesores; ama únicamente á la reina, y su condescendencia con ella, funesta algunas veces á su política, es hija de su virtud más bien que de su debilidad. Si Luis hubiese nacido dos siglos ántes, su pacífico reinado hubiese sido citado como una de las épocas más felices de la monarquía. Las circunstancias parece que han obrado sobre su espíritu, y



ahora que la revolucion le ha convencido de su necesidad, es preciso convencerle de su posibilidad. En nuestras manos, el rey puede servirla mejor que ningun otro ciudadano del reino, é ilustrando á este príncipe, nosotros podemos ser fieles á la vez á sus verdaderos intereses y á los de la nacion. Es menester que el rey y la revolucion sean en nosotros una misma cosa.»

De esta manera hablaba Roland en los primeros dias de su elevacion al poder. Escuchábale su mujer con la sonrisa de la incredulidad en los labios, porque habia abarcado á la primera mirada otra carrera más vasta y otro término más decisivo que aquella transaccion tímida y transitoria entre un trono degradado y una revolucion incompleta. A esta mujer le hubiese costado mucho renunciar al ideal de su alma fogosa; todos sus votos tendian hácia la república; todos sus actos, todas sus palabras y todos sus suspiros debian, sin saberlo ella, precipitar á su marido y á sus amigos en aquella forma de gobierno.

«Desconfia de la perfidia de todos, y desconfia sobre todo de tu propia virtud,—respondía aquella mujer al débil y orgulloso Roland.—Tú vives ahora en medio de una corte donde todo es apariencias, y donde las palabras más dulces ocultan las más siniestras intenciones. Tú no eres más que un plebeyo honrado, extraviado en medio de esos cortesanos, ó por mejor decir, una virtud expuesta á todos los peligros en medio de tantos vicios; los cortesanos saben hablar nuestro idioma, y nosotros ignoramos el suyo. ¿Cómo han de dejar de engañarnos? Luis XVI, de una raza embrutecida, hombre de cortos alcances y sin energía, se ha dejado dominar desde su juventud por unas preocupaciones religiosas que han enervado su alma. Dejándose llevar por una reina aturdida, que á la insolencia austriaca reúne la embriaguez de la belleza y del alto rango en que la ha colocado la suerte, mujer que ademas hace de su corte secreta y corrompida el santuario de sus placeres y el culto de sus vicios, resulta de todo esto que ese príncipe, fanatizado por una parte por los curas y ciego de amor por otra, maneja las riendas del Estado segun las distintas inspiraciones que recibe; razon por la cual están muy próximas á escapársele de las manos. Agotada Francia de hombres, no le ofrece ya ni en Maurepas, ni en Necker, ni en Calonne unos ministros capaces de dirigirle; la aristocracia infecunda no produce ya sino escándalos; es preciso que el gobierno salga de otra capa más honda y más sana de la nacion. Ha llegado el tiempo de la democracia; ¿por qué le retardais? Vosotros sois sus hombres, sus virtudes, sus caracteres y sus luces. La revolucion está detras de vosotros y os saluda é impulsa á obrar. ¿Seríais capaces de engañarla abusando de su confianza y entregándola á la primer sonrisa en manos de un rey, porque este rey tiene la hombría de bien y la sencillez de un hombre del pueblo? No; Luis XVI, medio destronado por la nacion, no puede amar la Constitucion que le encadena; él puede fingir que lleva gustoso sus grillos, pero su único pensamiento es ver el modo de poder quitárselos. Su único recurso en el dia es protestar su adhesion á la revolucion para adormecer de este modo á los ministros encargados por ella de vigilar de cerca sus tramias; ese fingimiento es la última y más peligrosa de las conspiraciones del trono. La Constitucion es la caducidad de Luis XVI, y los ministros patriotas son sus vigilantes; no hay ninguna grandeza abatida que ame sinceramente su caducidad, ni hombre que se goce en su propia humillacion. Cree á la naturaleza humana, Roland, ella es la única que jamás engaña; desconfia de las cortes. Tu virtud es demasiado



sublime para que veas los lazos que tienden los cortesanos en el terreno que pisas.»

Semejante lenguaje hacía dudar á Roland. Brissot, Condorcet, Vergniaud, Gensonné, Guadet, y sobre todo Buzot, amigo y confidente íntimo de madama Roland, trataban de infundir á aquél la misma desconfianza respecto al rey, en las reuniones que tenían de noche en su casa. Estos esfuerzos reunidos influían mucho en el nuevo ministro, que al día siguiente entraba en el Consejo arrugando el entrecejo y armado de un estoicismo implacable, pero muy en breve le desarmaba el rey con su franqueza. Dumouriez le desanimaba con su jovialidad, el poder le ablandaba con su prestigio. El trataba de aplazar en cuanto le fuese posible las dos grandes dificultades del momento, que consistían en la sancion del rey á los dos decretos que más repugnaban á su corazón y á su conciencia, á saber: el que se habia dado contra los emigrados, y el otro contra los sacerdotes no juramentados; finalmente, trataba también de dar largas á la guerra.

Dumouriez se pone el gorro encarnado en los Jacobinos.—Pág. 334.

## V

Durante esta tergiversacion de Roland y sus colegas, Dumouriez iba apoderándose del ánimo del rey y del favor del público, y todo el secreto de su política estaba contenido en las palabras que poco ántes habia dicho á Mr. de Montmorin en una conferencia reservada que habian tenido: «Si yo fuese rey de Francia, sabria burlarme de todos los partidos poniéndome á la cabeza de la revolucion.»